

Un lugar a construir cada vez¹

Lidia Ramírez

El texto con el que Gil Caroz² nos invita a contribuir con nuestras producciones escritas al 6º Congreso de la EuroFederación de Psicoanálisis, me ha servido para hacerme algunas preguntas y pensar mi práctica dentro de un programa de atención a la infancia y a la familia del que participo desde hace dos años como coordinadora del “equipo del caso”. Se trata de un lugar a construir cada vez, por lo que este trabajo sirve a ese interés.

Este programa conocido como Interxarxes, se define como una experiencia de trabajo en red y está funcionando desde el año 2000 en el distrito Horta Guinardó de Barcelona. Fue inventado, “a golpes de invención”³ como dice él mismo, por nuestro colega José Ramón Ubieto quien ha sido coordinador del programa durante 11 años.

Como coordinadora de los equipos de casos, mi trabajo no es tanto un trabajo en o con una institución, sino con diferentes profesionales que pertenecen a diferentes instituciones. En este sentido Interxarxes funciona para los profesionales como “el marco de una práctica institucional regular entre los servicios educativos, de salud, de atención social y de tiempo libre”⁴

Como toda institución, Interxarxes tiene lo instituido: la metodología del funcionamiento de Interxarxes con sus reglas, sus normas, que hay que decir, se han ido formalizando a lo largo de los años; y lo instituyente, que son los

¹ Texto presentado en el espacio de preparación del 6º Congreso Europeo de Psicoanálisis (PIPOL) de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis. Barcelona, 15 de enero de 2013

² Gil Caroz (2003). “Le cas, l’institution, et mon expérience de la psychanalyse Introduction aux simultanées cliniques de PIPOL 6”. Consultable online: <http://www.europsychoanalysis.eu/le-cas-linstitution-et-mon-experience-de-la-psychanalyse-introduction-aux-simultanees-cliniques-de-pipol-6-gil-caroz/>

³ José Ramón Ubieto, (2009). *El trabajo en red. Usos posibles en Educación, Salud Mental y Servicios Sociales*, p.174, Gedisa editorial, Barcelona.

⁴ *Ibidem*, p. 175

casos, uno a uno, la formación que se deriva de ellos y la investigación, que van introduciendo interrogantes que nos permiten ir en contra de la rutina y del riesgo de burocratización, y produciendo a la vez, los cambios necesarios.

Entonces, el texto de presentación para las Plenarias del PIPOL 6 me ha parecido muy sugerente en relación a tres cuestiones que me plantea:

- ¿Cómo entiendo en mi práctica “dar a los ideales de una institución el lugar que les corresponde, es decir, prescindir y servirse de ellos al mismo tiempo”?
- ¿Cómo orientarme en mi práctica con “lo real de la clínica”?
- ¿Cómo favorecer que el sujeto se comprometa en la vía de un sintoma singular?

Empezaré por decir que mi relación con Interxarxes no es la misma ahora que hace 12 años. En aquel momento, momento experimental del programa, formaba parte de un equipo de caso atendiendo uno de los casos que se seleccionaron en lo que se llamó una prueba piloto. Se trataba de un chico de 10 años con un diagnóstico de psicosis con el que trabajaba desde hacía dos años. Era un chico que recibía medicación desde los 5 años por crisis de pánico, por lo que trabajaba en coordinación con el psiquiatra del niño. Era un chico que tenía muchas dificultades en la escuela, por lo que también me reunía a menudo con su tutor, con la maestra de educación especial y con la psicóloga del Equip d'Assessorament Psicopedagògic (EAP).

Este chico al que llamaré Diego, vivía con sus abuelos maternos y con un tío ciego, prácticamente desde que nació. Su padre sufría de esquizofrenia grave con episodios agudos que requerían hospitalizaciones frecuentes. La madre estaba diagnosticada de trastorno Límite de la Personalidad y tenía una grave adicción al alcohol, interrumpía todos los tratamientos y era ingresada también, frecuentemente.

Al comienzo del trabajo con Diego, siempre me hablaba de Tom Sawyer y Pipi Calzaslargas hasta que encontramos que estos personajes le servían para preguntarse cómo salían adelante sin sus padres.

De su padre decía que “estaba enfermo por culpa de su madre”. De su madre decía “que se portaba mal y que no se quería curar”. Así como los encuentros con el padre eran tranquilizadores, él definía el oficio del padre como pintor, decía “mi padre pinta” . Por otra parte, los encuentros con la madre eran muy angustiosos, afortunadamente eran pocos porque ella misma los evitaba. Su madre le daba mucho miedo.

La abuela que lo cuidaba, recibía ayudas de los servicios sociales y había hecho un vínculo particular con la trabajadora social en la que, claramente se apoyaba. Por eso, cuando empecé a trabajar con este niño, me reuní con ella en varias ocasiones.

El trabajo con este niño me representaba una dificultad importante por lo que lo supervisaba muy a menudo y tenía la necesidad de ir a hablar con uno y con otro de los profesionales que lo trataban. La invitación a incluirme en el equipo del caso Interxarxes, de entrada me interesó pero también me inquietó. Mi reparo era que lo más singular del niño pasara al dominio público.

Cuando el equipo del caso se reunió nos convocó una pregunta: ¿Cuál era el sentido de reunirse alrededor de este caso? Como red ¿qué podíamos ofrecerle a este niño? La respuesta que apareció de entrada fue la de la felicidad ¡que sea feliz! A este ideal de felicidad, se sumó el de autonomía “que no sea un dependiente de los servicios sociales” y el de la salud mental “que en vez de identificarse con tal, se identifique con cual”.

Que sea feliz, que sea autónomo y que sea sano, serían los tres ideales puestos en primer plano por los profesionales. Lo interesante es que una vez situados, pudimos empezar a fijar nuestra atención en el trabajo del chico, por ejemplo, en sus “inventos”. Sus inventos eran de todo tipo, desde objetos que diseñaba destinados a la escritura de su tío ciego, a maquetas de lugares en los que vivir. Su propia red social, también formaba parte de estos inventos. Compuesta por los padres y hermanos mayores de algunos de sus amigos, por su tutor escolar, el voluntario que le acompañaba a sus sesiones conmigo, el amigo de su tío etc, eran como las partes de un Otro plural que no se perdía, que estaba bien orientado. En este sentido, la red Interxarxes vino a incluirse en sus inventos porque aunque Diego tenía un funcionamiento bastante

normal, había momentos en que sus inventos no podían regular un malestar psíquico que le invadía y aparecía la agitación y el temor. Por ejemplo podía pasarle frente a una profesora que se ponía furiosa o frente al ordenador cuando él sentía que desaparecía, o ante la emergencia de ruidos que no podía identificar. En esos momentos, el recurso a la ayuda del Otro lo tranquilizaba y él aprendió a prevenir estas crisis y los profesionales que lo tratábamos, a responder a su pedido de ayuda.

Mi reparo inicial se disipó y en su lugar descubrí el interés del trabajo con los otros, en los beneficios de una conversación orientada por la singularidad del caso, por lo real de la clínica. Pude así comprobar que una red puede acompañar un tramo de la vida de un sujeto si los profesionales podemos dar lugar al sufrimiento y no solo a la felicidad, a una modalidad de relación con el Otro, en vez de la autonomía o la dependencia y a la locura particular, en vez de la salud mental.

El ideal del vínculo

Era el año 2007 y en uno de los espacios de formación del programa Interxarxes se puso de manifiesto el malestar de los profesionales en relación a lo difícil que resultaba establecer vínculos entre los adolescentes y las instituciones. Una investigación llevada a cabo reveló que los adolescentes habían percibido “la afinidad de la que habla Lacan entre el estilo de la institución y las soluciones segregativas que generan”. Si los adolescentes no iban a las instituciones es porque no querían ser considerados ni como locos, ni como pobres, ni como tontos. También reveló que la forma de vínculo que se establecía era otra, más acorde a la época a la que pertenecían, más que ver con una forma de conexión – desconexión tal y como Hebe Tizio situó en uno de los espacios de formación al que fue invitada.

La investigación también puso de manifiesto que mientras se les llenaba de información, no encontraban lugares donde alojar sus preguntas.

El programa Interxarxes no trabaja con todos los casos de infancia del distrito Horta Guinardó, sino con aquellos que presentan una problemática compleja y

la que por lo menos haya tres servicios implicados. Más allá de esta condición, incluir un caso en el programa Interxarxes, es algo que depende de los profesionales uno a uno. Como coordinadora del equipo del caso, tengo el encargo de recoger esta demanda de inclusión en cuyos motivos no dejan de incluirse la angustia y el propio síntoma del profesional allí donde se encuentra con un real, con un punto oscuro, que no puede tratar, o que no responde al tratamiento que aplica.

Uno de los motivos por los que se puede pedir incluir un caso en el programa Interxarxes es porque la familia se ha desvinculado de los servicios. Una trabajadora social de una institución benéfica quiere incluir en Interxarxes el caso de una familia en la que hay cinco hijos, uno de los cuales, de 14 años está siendo atendido por la psicóloga de la misma institución a raíz de los conflictos que se generan en casa y en la calle. La familia, de origen sudamericano, había llegado al barrio de Horta después de vivir un tiempo en Holanda y en otros barrios de Barcelona. La madre había acudido a la institución para pedir una ayuda económica y como ocurre en otros casos para mantener el orden familiar: su marido y su hijo mayor se enfrentaban violentamente por lo que había decidido que el padre viviera en otro lugar. Su hija mayor no le hacía ningún caso, el otro hijo imitaba al mayor y se metía constantemente en líos. Ella quería estudiar en la escuela de adultos pero la familia no le daba tregua. Su único consuelo era su hija pequeña que era muy buena estudiante. La transferencia con la madre no acababa de establecerse porque la ayuda económica quedaba supeditada a datos que la madre no parecía dispuesta a dar.

El trabajo que la psicóloga hacía con el hijo de 14 años había quedado interrumpido después de que el chico había mostrado su inquietud porque no quería parecerse a su hermano mayor, un joven desconocido para los profesionales pero al que se relacionaba con “bandas” del barrio. Antes de interrumpir el trabajo, el chico había dejado dicho “no todas las bandas son malas”.

Cuando se forma el equipo del caso, la psicóloga muestra su angustia porque este chico “vaya derecho” a seguir el camino del hermano mayor.

¿Qué entendíamos cada uno por esa expresión “no todas las bandas son malas”? Había quien pensaba que este chico ya estaba en una banda y que por eso las defendía. La psicóloga aportaba datos que apuntaban en esa dirección: que había venido con los brazos escayolados, que intentaba pasar desapercibido en el Instituto...pero también explicó que el chico dibujaba muy bien.

El trabajo en red que realizamos en Interxarxes tiene como fundamento “la centralidad del caso”, es decir, poner el caso en el centro de la conversación de los profesionales. Lo que percibimos es que había una idea muy fija que era la pertenencia de este chico a alguna banda latina y nos propusimos agujerear un poco esta construcción porque en el Instituto no había demasiados conflictos ni un absentismo significativo. Invitamos a la siguiente reunión al educador de calle quien cuestionó por un lado, el discurso único de peligrosidad y diferenció entre agrupaciones de jóvenes latinos y bandas latinas y por el otro, nos hizo ver cómo muchos chicos hacen uso de las bandas latinas sin pertenecer a ellas.

Propongo tomar la “preocupación” del chico en primer plano y pensar cómo podemos encarnar, como red, el “no todas son malas” no tanto como una banda buena sino como el “no todo malo” de las bandas.

Las reuniones de Interxarxes se llevaban a cabo en el Instituto y de casualidad la psicóloga y el chico se encuentran en el pasillo. La psicóloga le invita a retomar el trabajo con un “podíamos vernos de nuevo” a lo que el chico responde afirmativamente. En alguna de las reuniones del equipo yo había recordado esta forma de vínculo que habíamos descubierto en los jóvenes y que nos permitía pensar más en cortes que en interrupciones. Efectivamente, el “de nuevo” permitió que se encontraran otra vez.

En la siguiente reunión del equipo, la psicóloga había visto cómo en el pasillo del Instituto había un gran mural firmado con el nombre y apellidos de este chico, bien claros y visibles y en medio del mural, la palabra ¡prende!

Podemos seguir pensando en este chico como un futuro incendiario pero preferimos pensar que este chico quiere hacerse representar no por el parecido con su hermano mayor, seguramente demasiado idealizado, sino como

dibujante, más exactamente como “ilustrador” que es la palabra que él usa para nombrar a lo que le gustaría dedicarse de mayor.

Conversar sobre este mural llamativo por sus bellos colores orientó una nueva construcción del caso y permitió desplazar el significante unidireccional “banda latina” por la forma cómo él quería habitar otros espacios.